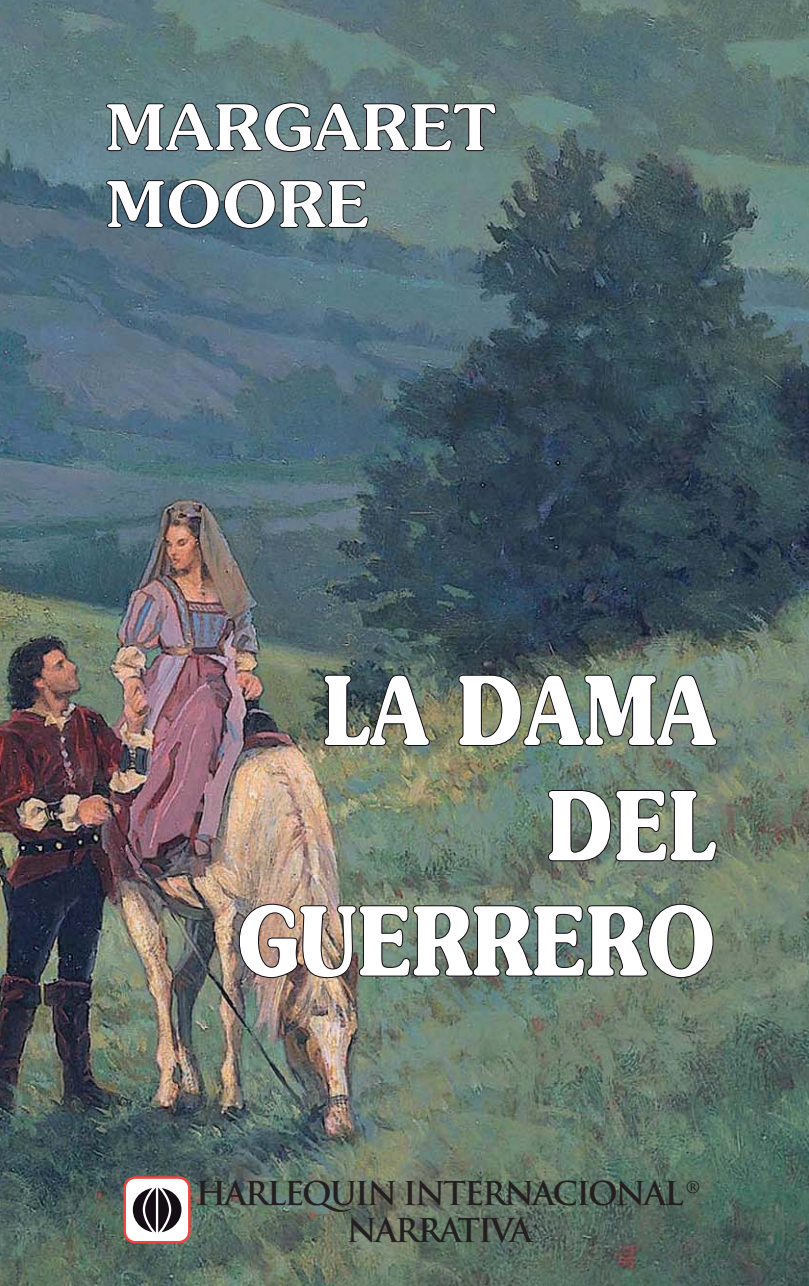
MARGARET MOORE



LA DAMA DEL GUERRERO

HARLEQUIN INTERNACIONAL®
NARRATIVA

MARGARET MOORE

LA DAMA DEL GUERRERO



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Margaret Wilkins. Todos los derechos reservados.
LA DAMA DEL GUERRERO, Nº 292 - noviembre 2010
Título original: A Warrior's Lady
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2003

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9289-6
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

En la sala mayor del castillo del rey en Winchester, lady Anne Delasaine partió un pedacito de la porción de venado que había en una bandeja, ante ella, y se lo dio al podenco. El enorme animal de pelaje marrón, cuyos costados temblaban de expectación, se estiró para recoger el sabroso manjar de los dedos de lady Anne. Tras engullirlo, pareció sonreír, aguardando más. Ella le devolvió la sonrisa y arrancó otro pedazo.

Podía disculparse a los demás cortesanos que tomaban parte en el banquete por pensar que, para lady Anne, mitigar el apetito del perro resultaba una distracción agradable que requería por entero sus atenciones femeninas. Pero, en realidad, lady Anne escuchaba atentamente la conversación de sus dos hermanastros, sentados junto a ella.

—Te digo que solo es cuestión de tiempo —

decía firmemente Damon, el mayor, en voz baja y conspiratoria. Sus ojos marrones relucían bajo las gruesas cejas, que parecían partidas por la abrupta prominencia de su nariz—. Enrique debe comprender que hará bien en escuchar a Leonor y a sus parientes. Nosotros debemos formar parte del consejo.

Mientras le daba al podenco otro pedazo, Anne procuró que el desagrado y la pena que le causaban el tono arrogante y la desmedida ambición de su hermano no afloraran a su semblante. A fin de cuentas, no estaba hablando de una familia nobiliaria cualquiera, sino del rey y la reina de Inglaterra.

El joven Enrique se había casado recientemente con Leonor de Aquitania, en un desposorio político que ya estaba causando más tensiones de las que había aliviado. Anne y sus hermanos eran parientes lejanos de Leonor por parte de su difunto padre, y Damon había intentado de inmediato sacar provecho de aquel tenue vínculo, abriéndose camino mediante astucias en el entorno de Leonor y en la corte de Enrique. Incluso había conseguido incluir al resto de su familia en aquel entorno, si bien para provecho propio.

—Si no lo comprenden, nosotros se lo haremos comprender —masculló Benedict, el hermano más joven y corpulento. Empuñando el cuchillo con sus gruesos dedos, lo alzó y cortó de un tajo la manzana que tenía ante sí como si fuera una cabeza cayendo

bajo el hacha—. Todo el mundo sabe que los ingleses están todos locos.

—Este no es lugar para semejante comentario —gruñó Damon—. Por si no lo has notado, la sala está llena de normandos más leales a Enrique que al rey de Francia.

—Me da igual lo que piensen. Mañana, en el torneo, les demostraremos que somos los mejores.

—Deja de hablar de los ingleses —le ordenó Damon, haciendo callar y obedecer a su hermano como hacía desde la muerte de su padre, acaecida tres años antes.

Benedict, como de costumbre, se sumió en un hosco silencio y el asunto quedó zanjado en apariencia. Fingiendo que su atención seguía fija en el perro, a Anne no le hacía falta ver la cara de Damon para imaginarse su arrogante sonrisa. Lo había visto sonreír a menudo de aquel modo cuando castigaba a sus hermanos, pues desde la muerte de su padre, Damon gobernaba con mano de hierro la familia, al igual que había hecho antes Rannulf Delasaine.

—Bien, espera a que tenga ocasión de probar mi nueva espada —farfulló Benedict al cabo de un momento—. Tal vez se embote, pero antes habré segado unas cuantas cabezas inglesas.

—Será mejor que no la rompas destrozando demasiados yelmos. No pienso pagar a un herrero para que la arregle —replicó Damon—. Deberías haberte comprado una menos costosa, si ese era tu plan.

—¿Y quién se ha comprado un escudo nuevo, a ver, cuando el viejo no tenía nada de malo? —dijo Benedict con aspereza.

Anne dejó de escucharlos cuando empezaron a discutir acerca de las armas nuevas y lujosas que se habían comprado antes de emprender viaje a Winchester, pues aquel asunto tenía escasa influencia sobre su vida en la corte y su posible futuro, temas que Damon nunca discutía directamente con ella.

Apretó los dientes, pues conocía bien las razones de su hermano: ella era solo una mujer, de modo que tenía que hacer cuanto su hermano mayor le ordenaba. Al año siguiente, por esas fechas, quizá estuviera ya casada con algún noble elegido por Damon, y tuviera un hijo. Su matrimonio se efectuaría únicamente para aumentar el poder y la influencia de Damon, y sería el cumplimiento de lo que, según él, era el único propósito en la vida de Anne. Esta esperaba tristemente aquel destino desde que, al cumplir los doce años, Damon se dio cuenta de que su media hermana, aquella niña flaca, desgarbada y de ojos inmensos, iba a convertirse en una belleza después de todo. Desde entonces, la había guardado con la misma ferocidad con que guardaba sus posesiones más valiosas, y la trataba del mismo modo: como si no tuviera voluntad, ni corazón, ni entendimiento.

Dando un cansino suspiro, Anne dejó que su

mirada vagara por la enorme sala magníficamente decorada para conmemorar el día de san Edmundo el Confesor, a quien el rey Enrique había hecho su santo patrón. Enrique siempre celebraba su fiesta, el trece de octubre, con un gran banquete.

Hermosos manteles de hilo y bandejas de plata cubrían las mesas. Las antorchas ardían, adosadas a los candelabros de las paredes, y las llamas vacilantes de las velas de cera de abeja aumentaban la iluminación. Grandes banderas colgaban, suspendidas del techo, y los músicos de la galería tocaban suavemente, a pesar de que su música era casi sofocada por las voces y las risas de los invitados de Enrique.

Anne observó a las elegantes damas con sus hermosos vestidos y tocados, a los hombres ricamente ataviados con satén, terciopelo y pieles, y los tapices de vivos colores, y se dispuso a disfrutar de la música de los trovadores y de los sabrosos manjares preparados de formas nuevas, sorprendentes y variadas.

Al otro lado de la sala, un grupo de jóvenes caballeros alegres y bulliciosos, y sin duda bebidos, se lo pasaban en grande engullendo la comida del rey, bebiendo su vino y disfrutando de las atenciones de las jóvenes damas que parecían del todo cautivadas por ellos.

Ello no era de extrañar, pues eran guapos, atractivos y de recia constitución. Los dos con el pelo negro y rizado eran los más bellos. Posiblemente

fueran hermanos, a juzgar por el color de su tez y el parecido de su nariz y su boca. Los otros tres, con las quijadas fuertes, los rasgos finos y el pelo marrón en tonos que iban del rubio oscuro al castaño profundo, eran sin duda también parientes. Eran tan anchos de espaldas y tan fornidos como los otros dos, pero su belleza resultaba menos convencional. El más alto parecía el mayor, pues había en su porte algo distante e imponente que les faltaba a los otros. El más joven del grupo parecía tener pocos años más que el hermano menor de Anne, Piers, el cual había cumplido los catorce.

Todos ellos parecían muy pagados de sí mismos. Lo cual sin duda era natural, siendo como eran los hijos mimados de la nobleza.

Anne sintió en su pecho una punzada de amargura. ¿Qué sabían ellos de privaciones y castigos? ¿De ayunar a la fuerza o de sufrir el azote de un junco por alguna falta insignificante? Seguramente, nada, como tampoco lo sabrían aquellas muchachas estúpidas y risueñas que de manera tan obvia intentaban llamar su atención.

La amargura y la envidia se disolvieron lentamente mientras le daba otro pedacito de venado al perro. Aquellas alegres muchachas sin duda serían vendidas en matrimonio, igual que ella. ¿Podía reprocharles, acaso, que coquetearan un poco, inofensivamente, cuando tenían oportunidad? ¿Acaso no lo haría ella, de no ser por la vigilancia constante

de sus hermanastros? Si creyera que no corría ningún riesgo, tal vez sería la más bulliciosa de todas, sabiendo que le quedaba poco tiempo para permitirse semejante ligereza.

—¿Te has quedado sorda, Anne? —le preguntó ásperamente Damon al oído.

Ella alzó los ojos y vio que la miraba con furia, como hacía a menudo. Sabía desde hacía tiempo que el mejor modo de tratar con sus agresivos hermanos era comportarse con la mayor placidez posible... y aporrear su almohada más tarde, a solas.

—¿Qué ocurre, Damon?

—Ahí está lord Renfrew —Damon señaló con la cabeza a un hombre robusto y de edad madura, ataviado con una larga túnica de terciopelo rojo que le daba el aspecto de un enorme gusano rojo—. Es muy rico, y su tercera esposa murió en san Miguel. Si te mira, sonríele. Si te pide que bailes con él, baila. ¿Entendido?

—Sí, Damon, entendido.

Él entrecerró los ojos como si no supiera si creerla o no.

En realidad, Anne no tenía intención de desobedecerle. Si lord Renfrew la miraba, le dedicaría una sonrisa muy fría, muy desagradable, que dejara claro que antes comería estiércol que hablar con él. Si le pedía bailar, aceptaría, y luego le pisaría los pies y haría caso omiso de lo que dijera. Aunque, por otra parte, tal vez fuera preferible evitar del

todo aquella situación, por si el noble lord se quejaba de ella ante Damon.

Se levantó, llevándose una mano a la sien.

—Por desgracia, Damon, me duele la cabeza. Creo que debería retirarme —Benedict y Damon la miraron con desconfianza—. Queréis que muestre mi mejor cara, ¿no? —preguntó—. No será así, si me quedo. Además, ¿no creéis que es buena idea dotarme de cierto aire de misterio? He hecho acto de presencia y mis posibles pretendientes ya me han visto. Ahora, permitid que los deje intrigados. Vosotros debéis permanecer aquí, por supuesto. Puede que aún tengáis oportunidad de recordarle de nuevo a la reina Leonor que somos parientes suyos.

Anne dejó escapar un suspiro de alivio cuando, tras un momento de reflexión, Damon asintió, dándole permiso para retirarse.

—Ve derecha a tu aposento —le ordenó con el ceño fruncido—. Y no hables con nadie.

—¿Ni siquiera con lord Renfrew?

Damon le lanzó una mirada resentida.

—Si se dirige a ti, puedes hablar con él. Con nadie más.

Anne estuvo a punto de preguntarle qué debía hacer si era el rey quien se dirigía a ella, pero al fin pensó que era más sensato marcharse antes de que Damon y Benedict decidieran acompañarla, perspectiva que le resultaba tan placentera como tener por guardianes a lobos taimados y feroces.

Tras abandonar rápidamente la sala, aminoró el paso y recorrió con lentitud el corredor iluminado por antorchas cuyo humo escapaba por las largas y angostas ventanas abiertas a la intemperie. Cruzó los brazos sobre el pecho y se estremeció, a pesar del grueso vestido de brocado de terciopelo que llevaba puesto, pues la noche de octubre era fría. Se alegraría de llegar a su aposento, caldeado por un brasero lleno de ascuas relucientes. Se metería en la cama y recordaría todo cuanto había visto antes de sumirse en el sueño.

Pensaría en los hermosos vestidos y en las ricas telas. Imaginaría ser una de aquellas alegres muchachas, pero, en su sueño, intercambiaría con los jóvenes caballeros palabras tan ingeniosas que los dejaría a todos boquiabiertos.

Se preguntaba quiénes eran aquellos jóvenes y de dónde procedían. ¿Eran ingleses o franceses, o tal vez de otra nacionalidad? ¿Eran hijos de grandes señores o de nobles de poca monta? ¿Estaba alguno de ellos casado? ¿Quién era el que parecía más maduro entre los otros?

De pronto, oyó un ruido a su espalda y se dio la vuelta para ver qué era. Un ratón, quizá, o el viento.

Entre las sombras, un hombre permanecía de pie.

Anne se asustó, pero entonces recordó que estaba en el castillo del rey, y que había muchos soldados de guardia. Solo tenía que gritar, y la oirían.

Como bien sabían sus hermanastros, era capaz de gritar muy alto.

El hombre salió de entre las sombras a la luz vacilante de las antorchas. Era el mayor de aquel alegre grupo de la sala, el del pelo castaño oscuro. El más distante y soberbio.

De pie, su aspecto era aún más espléndido que sentado. Tenía unas piernas largas y fibrosas que Anne no se atrevía a mirar. El jubón negro, sin adornos, le llegaba hasta la mitad del muslo y cubría sus anchos hombros. La blanca camisa que llevaba debajo hacía que su tez morena pareciera aún más viril.

Pero lo más raro y misterioso que había en él eran sus ojos: de un color gris claro y orlados de negras pestañas, producían un contraste de efecto tan extraño con su piel bronceada que parecían centellear a la luz de las antorchas. Su nariz era particularmente fina, y sus labios tan carnosos que Anne se preguntó cómo sería besarlos. ¡Idea audaz y caprichosa...!

Los demás caballeros que había en la sala de banquetes no podían compararse con él. Los jóvenes de pelo rizado eran querubines, pero aquel hombre parecía un arcángel: san Miguel, quizá. El guerrero de Dios.

Él se acercó un poco más y el corazón de Anne empezó a latir con más fuerza, hasta el punto de que su latido le atronó los oídos. Aquella situación era

nueva para ella, y excitante. Pero, sobre todo, aquel encuentro era inadecuado.

Sin embargo, sus hermanastros estaban en la sala, sin duda discutiendo por algo. Piers estaba en su aposento, enfadado porque Damon le había prohibido asistir al banquete como castigo por no sacarle suficiente brillo a su armadura. Anne era libre en el único sentido que podía serlo, y aunque solo fuera por un momento.

Una extraña emoción, potente y peligrosa, le atravesó el cuerpo al imaginarse una cita clandestina con aquel hombre. Se estremeció al ver en su imaginación desbocada las escenas de lo que podía ocurrir en un corredor desierto: un abrazo; un beso apasionado; gemidos; suspiros; sus piernas desnudadas a medida que una mano fuerte y fibrosa le alzaba la falda...

Se sonrojó, acalorada de vergüenza por las vívidas imágenes de su fantasía, mientras él seguía mirándola fijamente, sin arrogancia ni lascivia, sino como si fuera incapaz de apartar la mirada.

Nadie la había mirado así nunca, ni mirada alguna la había hecho sentirse tan amada y tan llena de temor a un tiempo. Pero no temía que aquel hombre pudiera hacerle daño, pues ese miedo lo conocía muy bien. En cambio, al impetuoso sentimiento que brotaba dentro de ella no acertaba a ponerle nombre.

—¿Quién sois? —preguntó, intentando aparentar tranquilidad.

—Yo iba a haceros la misma pregunta. Os ruego que me digáis el nombre de la mujer más hermosa de la corte —dijo el desconocido con una voz suave y profunda, muy diferente a las voces ásperas de sus hermanos. Cuando hablaban, Damon y Benedict parecían osos. La voz de aquel hombre, en cambio, era como la de un ciervo majestuoso, si los ciervos hablaran.

La mirada de él pareció intensificarse, llena de curiosidad, y Anne comprendió al fin lo que sentía: deseo. Un deseo que se extendía dentro de ella como los rayos del sol cuando se abrían las nubes.

La razón le aconsejaba cautela.

Por muy atractivo que fuera aquel hombre, o por muy halagada que se sintiera por sus atenciones, ella era una dama y no una simple campesina, ni siquiera una de aquellas volubles criaturas del salón del rey. Aquel joven no tenía derecho a seguirla ni a hablar con ella, y debía saberlo tan bien como ella. Si pensaba que no iba a importarle, o quizás incluso que recibiría de buen grado sus insinuaciones, ¿qué opinión podía tener de ella?

Tal vez debía huir..., de no ser porque hacerlo sería un acto de cobardía, y ella no era ninguna cobarde.

Así que, en lugar de huir, Anne irguió los hombros y dijo altivamente:

—¿Quién sois que os atrevéis a seguirme de manera tan insolente y a preguntarme mi nombre?

«Oh, Dios», pensó Reece al sentir que su rostro se acaloraba. Ojalá se hubiera quedado en la sala e ignorado el impulso, extraño en él, que lo había llevado a seguir a aquella belleza rubia. Debía marcharse, pero retroceder en aquel momento sería huir como un cobarde. Y, aunque ciertamente era tímido con las mujeres, no era un cobarde.

Sin embargo, sabía bien que carecía del encanto, la elocuencia y el atractivo físico de sus amigos. Siempre se contentaba con quedarse a un lado, aguardando pacientemente, temiendo abrir la boca por no parecer un idiota. Hasta esa noche, cuando había visto a aquella mujer serena y rubia al otro lado de la sala, con un vestido de brocado verde irisado que refulgía bellamente a la luz de las velas. No podía estar casada, pues llevaba el pelo largo y dorado al descubierto, recogido en dos trenzas con los cabos sujetos con bronce. Su cabello relucía a la luz como un halo, y ella parecía tan serena y distinta a las otras jóvenes de la corte como un ángel. Así que, llevado por un loco impulso, Reece la había seguido fuera de la sala.

La suerte estaba echada, pensó, y había de llegar hasta el final.

«Pero, por favor, Dios mío», rezó fervorosa-

mente, «que no vea que me sonrojo como un niño».

—Disculpadme, señora —dijo, contrito, inclinando la cabeza—. No pretendía ofenderos.

Le sorprendió que ella no diera media vuelta de inmediato y se alejara, sino que sus labios llenos se alzaran en una leve sonrisa.

Era como creer que la lanza que portaba estaba rota y descubrir, en cambio, que seguía entera.

—A pesar de que me parecéis un impertinente —dijo ella—, no me habéis ofendido.

—Entonces, ¿me diréis vuestro nombre, pese a mi impertinencia?

Ella alzó inquisitivamente las cejas bien dibujadas.

—¿Solo queréis saber mi nombre?

En realidad, quería saberlo todo sobre ella, pero ya había conseguido más de lo que esperaba, y no se atrevía a esperar más.

—Quizás eso sea todo, no sea que descubra que estáis casada, o prometida.

Ella lo observó, bajando las cejas, y él se encogió por dentro. Obviamente, sus palabras no habían sido prudentes.

—No lo estoy, pero este no es momento ni lugar para hacer las presentaciones, señor.

Él se acercó un poco más, como arrastrado hacia ella por un hilo invisible. Tal vez existiera tal hilo, pues ello explicaría la sensación de tirantez que notaba en el pecho.

Como tocado por inspiración divina, recordó algo que Blaidd Morgan le había dicho a una mujer en cierta ocasión. Blaidd atraía a las mujeres como las flores recién abiertas a las abejas.

—Por favor, ¿no os compadeceréis de mí y me diréis vuestro nombre? Si no lo hacéis, me arriesgo a caer herido en el torneo de mañana, pues me pasaré la noche en vela preguntándome por vos y estaré demasiado cansado para luchar.

Las cejas de ella, un poco más oscuras que su cabello, se alzaron de nuevo y sus ojos verdes, que ya relucían como esmeraldas, parecieron centellear aún más y, según le pareció a él, con regocijo.

—Así que, si no os digo mi nombre, y por casualidad mañana os hieren, ¿será culpa mía? —él vio con desaliento que su mirada brillante vacilaba, y que su frente se fruncía, nublando su semblante—. No quiero tamaña responsabilidad. Le aseguro, señor caballero, que ya tengo suficientes cargas sobre mis hombros.

El triste matiz de su voz tocó el corazón de Reece.

—Perdonadme, milady, si aumento vuestras penas de algún modo. No quisiera sumarme a las preocupaciones que ya tengáis.

Los bellos ojos de ella se agrandaron, como si su respuesta la hubiera pillado desprevenida.

—Es raro el hombre que se preocupa por las tribulaciones de una desconocida.

Reece se sonrojó de nuevo, pues el tono de aquella mujer estaba lleno de asombro y de admiración.

Luego, aquel maravilloso fulgor pareció volver a iluminarla por dentro.

—Además, vos tampoco me habéis dicho vuestro nombre —irguió los hombros y profirió una encantador desafío—. Si me decís vuestro nombre primero, humilde caballero, yo os diré el mío.

El corazón de Reece empezó a latir como latía cuando se disponía a cargar con la lanza, y una nueva esperanza pareció despertar a la vida en él. Al fin y al cabo, tal vez ella no lo considerara del todo un loco.

—Mi nombre es sir...

—¡Anne! —bramó de pronto la voz de un hombre, rebotando en las paredes del corredor.

La bella desconocida se puso rígida como si acabaran de sorprenderla perpetrando un monstruoso crimen.

Que el cielo lo amparara: estaba tan empeñado en saber quién era ella, que no había reparado en lo que podían pensar los demás si los sorprendían allí juntos. Antes de que pudiera hablar, ella dijo:

—¡Idos! —le ordenó como si fuera un soldado de a pie. Señaló la puerta del otro lado del corredor—. Dejad que yo me enfrente a Damon.

¿Quién, en el nombre de Dios, era Damon, y qué derecho tenía sobre ella? ¿Era su hermano? ¿Su primo? ¿Su prometido?

Esperaba fervientemente que no fuera esto último.

Fuera quien fuese, aquel hombre de pelo negro se precipitó hacia ellos, seguido de otro hombre también moreno, pero más corpulento. Era evidente que no podía permitir que aquella joven cautivadora se enfrentara sola a aquellos hombres.

Si allí había alguna culpa, no era de ella. Ella no lo había alentado, ni lo había atraído hasta allí, y él se lo dejaría bien claro a aquellos hombres.

Cuando estuvieron más cerca, vio que eran los hombres que estaban sentados junto a ella en el salón del rey. Dado que ella no les prestaba atención, y era rubia mientras que ellos eran morenos, Reece había pensado que no eran parientes, ni estaban unidos por lazo alguno.

Evidentemente, se había equivocado, y, de no haber sido porque Blaidd lo había distraído justo antes de que Anne abandonara la sala del banquete, tal vez la habría visto hablar con ellos. Por desgracia, Blaidd había empezado a zaherirlo por mirar fijamente a aquella mujer. Reece había vuelto la cabeza para decirle a su amigo galés que se callara, pues él mismo tenía fama de distraerse continuamente mirando a las mujeres. Si Anne había hablado con aquellos dos hombres, él no la había visto.

La mujer, Anne, como ahora sabía que se llamaba, lo empujó como nadie lo había empujado antes.

—Será mejor que dejéis que yo me las vea con ellos, señor caballero.

—No lo haré —dijo él con firmeza—. Soy yo y solo yo quien se ha comportado impropiamente.

Enfurecidos, los dos hombres se detuvieron bruscamente frente a él, y su aliento empapado en vino le repugnó. Sin duda, su desproporcionada reacción ante una impropiedad tan insignificante estaba alentada por el vino.

Reece tomó la ofensiva mientras ellos intentaban recobrar el aliento.

—¿Quiénes sois?

—Somos sus hermanos —gruñó el más corpulento, y sus manos carnosas se cerraron—. ¿Quién demonios sois vos?

—Yo sé quién es —declaró el más alto, y su boca se curvó con sorna—. Es ese hijo de bastardo. Este patán que estaba acosando a Anne es Reece Fitzroy.

Reece sintió que un arrebato de cólera lo atravesaba. Los ojos del gordo se agrandaron y un extraño brillo apareció en sus ojos. Así que él también había oído hablar de Reece Fitzroy, o, si no de él, de su padre, el hombre del que se decía era el mejor maestro de caballeros de Inglaterra, y del cual, en efecto, Reece era hijo ilegítimo.

—Sir Reece Fitzroy —dijo ásperamente, sin intentar disimular el desprecio que sentía—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

El alto parecía envalentonarse.

—Yo soy sir Damon Delasaine de Montbleu,

este es mi hermano Benedict y esta dama a la que estabais molestando es mi hermana.

Reece se sintió como un fuelle con una grieta por la que se escapaba el aire. Había oído hablar de los famosos Delasaine. Eran los primeros en la lista de las familias nobiliarias a las que un hombre con ambiciones honorables debía evitar. Apenas podía creer que aquella hermosa y valiente mujer, tan diferente a cualquier otra que hubiera conocido, fuera su hermana.

—Medio hermana —declaró Anne, como si quisiera dejar clara aquella distinción de una vez por todas. Luego se dirigió a Damon Delasaine—. No me estaba molestando, Damon. Solo estábamos conversando.

—Cállate y vete, Anne —gruñó él en respuesta—, antes de que decida darte a ti la misma paliza que vamos a darle a él.

Reece sintió otro arrebato de furia, mezclada con indignación y rencor. Dio un paso adelante y, quizá forzado por su fiera expresión, Damon retrocedió.

—He oído hablar de los Delasaine, y me temo que todo cuando he oído es cierto —gruñó—. Sois un repugnante cobarde, pues solo un cobarde pegaría a una mujer —mientras Damon lo miraba con incredulidad, Reece se volvió hacia Anne—. Gracias, milady, por defenderme, pero yo sé librar mis propias batallas. Idos, como os dicen, y dejad que yo me ocupe de esto.

—Sí, vete —farfulló Benedict, empujándola bruscamente.

Al ver aquello, Reece perdió el control. Agarró a Benedict del brazo y tiró de él con tal fuerza que estuvo a punto de desencajárselo.

—¡Dejadla en paz, o por Dios que os arrepentiréis!

Benedict trastabilló cuando Reece lo soltó, pero se recuperó al punto y sus ojos brillaron con malicia y regocijo, con una expresión propia de un hombre que disfrutaba vociferando o pegando a las mujeres.

—¿Ah, sí?

Reece asintió.

—Oh, sí, creedme.

Benedict extendió los brazos y le hizo gestos de que se acercara.

—Vamos, intentadlo entonces, canalla.

—¡Reece, detrás de ti! —gritó Anne.

Antes de que pudiera girarse, Reece sintió un dolor agudo e inesperado en el costado, allí donde la daga de Damon se deslizaba por sus costillas. Cayó de rodillas y el pesado puño de Benedict golpeó su cara mientras Anne dejaba escapar un grito sobrecogedor.

Dos

Voces. Susurros. Palabras siseadas en la oscuridad.

A Reece le dolía la cabeza como si tuviera un saco de veinte libras de grano sobre ella. En el costado, notaba un dolor agudo, como si tuviera clavado un hierro candente.

¿Qué demonios había...?

Entonces afluyeron los recuerdos, difusos al principio; después, cada vez más claros.

Lady Anne. Sus hermanos. No, hermanastros. Aquel espantoso dolor en el costado. A pesar de que solo había hablado con lady Anne, Damon Delasaine lo había atacado por la espalda de la manera más ruin y cobarde.

Delasaine pagaría por ello y, si había osado hacerle daño a su hermana, lo pagaría aún más caro. Reece quería levantarse y averiguar qué había pasado y dónde demonios estaba.

Abrió los ojos con dificultad. El techo artesonado y los muros de piedra le resultaban familiares... Estaba en el aposento del castillo real que compartía con sus hermanos, y había muy poca luz. Sus párpados vacilaron y volvieron a cerrarse.

—¿Reece?

Era la voz de su hermano, Gervais.

—Está despierto.

Aquel era su hermano menor, Trevelyan.

—No, no lo está —dijo Gervais intentando susurrar sin lograrlo—. Solo ha gemido en sueños.

¿Qué hora era?, se preguntó Reece mientras intentaba humedecerse los labios resecos para hablar. Se movió para tratar de incorporarse, y el dolor lo atravesó de nuevo, arrancando otro quejido a su garganta reseca.

—Te digo que está despierto. Deberíamos llamar al médico —musitó Trev, cuya voz parecía crispada, y no solo por el esfuerzo de bajar su tono, alto de por sí—. Dijo que lo avisáramos cuando se despertara.

—Hemos de asegurarnos primero —replicó Gervais, siempre tan cauto—. No quiero que cruces el castillo corriendo para nada.

Reece abrió los ojos de nuevo y se llevó la mano al costado. Tenía el pecho desnudo, envuelto en un lienzo. Era sin duda un vendaje, y en la parte en la que el dolor se hacía más intenso parecía estar húmedo. Miró hacia abajo y, al intentar incorporarse, vio la sangre.

Gervais lo empujó suavemente para que volviera a tumbarse.

—Estate quieto, hermano —le ordenó sin intentar bajar el tono. Su voz era tan firme como la de un general, pero parecía cargada de alivio—. Has perdido mucha sangre, y los muy canallas también te golpearon en la cara.

Sí, eso lo recordaba. Sintió una punzada de rabia, acompañada de un sentimiento de humillación. Debería haber sido más precavido con Damon Delasaine. Así los habría vencido a los dos. Que fueran dos contra uno no tenía importancia.

—¿Puedes ver? —preguntó Gervais.

Reece asintió y procuró olvidar por el momento su rabia y su vergüenza.

—¿Qué ocurrió con lady Anne después de que me atacaran?

Gervais no respondió de inmediato. Rodeó la cama, se inclinó hacia delante y cubrió suavemente el ojo izquierdo de Reece con la palma de la mano.

—¿Y ahora?

—Sí. ¿Lady Anne...?

—¡Alabado sea Dios! —dijo Gervais dando un suspiro al apartarse para sentarse en el camastro—. Temíamos que te hubieran dejado ciego del ojo derecho. ¿Qué tal la cabeza?

—Me duele —Reece extendió la mano y agarró a Gervais del brazo. Aquel movimiento le produjo una súbita punzada de dolor en el costado que le

hizo gemir, pero aun así preguntó con firmeza—. ¿Qué le ha pasado a lady Anne?

—Está encerrada en su aposento, o eso dicen sus hermanos —dijo Trev desde los pies del camastro, recordándole a Reece que estaba allí.

A Reece no le gustó cómo sonaba aquello. O bien lady Anne evitaba salir de su aposento porque se sentía avergonzada, o bien tenía otra razón para ocultarse. Como el cuerpo magullado, por ejemplo.

Si sus hermanos le habían hecho daño de algún modo, maldecirían aquel día en cuanto la herida del costado hubiera sanado lo suficiente para permitirle retarlos en combate, ya fuera juntos o por separado. Ya estaba avisado de su talante traicionero.

—Maldita sea, Reece, suéltame. Vas a partirme el brazo.

—Lo siento —masculló él y, soltando a Gervais, se tumbó de nuevo, sintiendo que el dolor se disipaba—. ¿Cuánto tiempo hace?

—¿Que te atacaron? —preguntó Gervais. Él asintió—. Estamos a media mañana del día siguiente.

—Esos malditos Delasaine te apuñalaron en la espalda —dijo Trev, y su voz resonó con fuerza en el silencio de estancia.

No exactamente en la espalda, pensó Reece, aunque no por ello la acción de Damon resultaba menos cobarde.

—Cuando llegaron los guardias del rey, estabas desmayado —continuó Trev.

Gervais miró a Reece con compasión, como si fuera un niño enfermo.

—Gracias a Dios que la daga chocó y se deslizó a lo largo de la costilla. No tienes nada grave. Solo necesitas reposo y tiempo para curarte. No vuelvas a pensar en el torneo. Ya habrá otros.

Reece dejó escapar otro gemido, esta vez de rabia y decepción. Había previsto distinguirse en el torneo del rey y ya no podría hacerlo, gracias a los Delasaine.

—¿Y tú? —le preguntó a Gervais, quien también iba a competir.

Su hermano se encogió de hombros.

—Como te decía, habrá otros torneos. Quería quedarme contigo.

Así pues, a ambos les habían arrebatado la oportunidad de alcanzar honor y gloria.

—Y es una suerte que se haya quedado contigo, para desmentir los rumores que esos Delasaine empezaron a esparcir esta mañana —declaró Trev—. No creerías lo que van diciendo esos repugnantes...

—Déjalo, Trev, hasta que se encuentre mejor —le ordenó Gervais.

Reece estaba dolorido, pero ello no le impedía percibir la preocupación que crispaba el semblante de Gervais.

—¿Qué? —preguntó, intentando incorporarse de nuevo—. ¿Qué es lo que dicen?

—Tú no has de preocuparte por nada, salvo por

curarte —le ordenó Gervais, empujándolo de nuevo para que se tumbara, con algo más de brusquedad—. Nosotros nos las veremos con esos bribones.

Los Delasaine eran problema suyo, no de Gervais, y ciertamente tampoco de Trevelyan.

—Dejadlos en paz.

—Pero Reece...

—Hasta que me recupere.

Una mirada de comprensión apareció en los ojos preocupados de Gervais.

—Ah, quieres tomarte la venganza por tu mano, ¿es eso?

Reece asintió, a pesar de que «venganza» no era el término más adecuado para lo que pensaba hacer. «Lección» parecía una palabra más apropiada. La furia de los Delasaine tal vez estuviera justificada, pero no lo estaba su ataque, ni su brutalidad. Él les enseñaría el castigo apropiado para tal crimen, uno a uno. Y si habían tocado un solo pelo de la cabeza de lady Anne, les enseñaría otra lección.

Trev exclamó de pronto:

—¡Por todos los santos, tengo que llamar al médico!

No esperó a que sus hermanos mayores le dieran permiso: salió corriendo de la habitación como un conejo asustado.

A pesar de los esfuerzos de Gervais por que permaneciera echado y del dolor de cabeza que padecía, Reece consiguió al fin incorporarse.

—Ahora dime, ¿qué van diciendo por ahí los Delasaine exactamente?

Gervais frunció el ceño, y al verlo Reece pensó en el rostro de su padre cuando algo lo disgustaba.

—Preferiría que no habláramos de esto hasta que te recuperes.

—Dímelo.

—Dicen que estabas... amenazando... a su hermana.

—¿Amenazándola?

Aquello ya era suficientemente malo. Pero, por desgracia, Reece comprendió por el tono de Gervais que aún había algo más. Gervais se encogió de hombros, como si lo que iba a decir no tuviera importancia.

—Atacándola.

—¿Atacándola?

A Reece se le aceleró el corazón. Aquella era una acusación muy grave. Una acusación que justificaba su «castigo» y, por lo tanto, los libraba de culpa. Nadie podía agredir a un caballero sin una buena razón. Una simple impertinencia no era motivo suficiente.

El semblante de Gervais tenía una expresión resignada que confirmaba las sospechas de Reece.

—Sí, eso es lo que dicen para excusar lo que hicieron. Pero nadie cree...

—¿Y el rey? —lo interrumpió Reece, nombrando al único hombre cuya opinión importaba verda-

deramente en aquel asunto y que tenía poder para absolver, castigar o acusar conforme a su criterio—. Sin duda Enrique no lo creerá.

—No sabemos qué piensa Enrique —Gervais se aclaró la garganta—. Por desgracia, los Delasaine son parientes de Leonor. Lejanos, pero parientes.

Aquellas no eran buenas noticias. La reina Leonor tal vez protegiera a los Delasaine en virtud de su vínculo familiar.

Reece se apoyó en la pared que había tras el camastro y cerró los ojos de nuevo. Todo aquello estaba mal. Era terrible. Por culpa de un solo acto impulsivo, tal vez hubiera puesto en peligro su futuro entero.

Toda su vida, Reece había tenido solo un sueño: pertenecer al cortejo del rey, a su círculo privado, ser uno de sus consejeros de confianza. Podía representar a la baja nobleza cuyos ancestros no procedían de las familias nobiliarias de Normandía, sino que tenían orígenes más humildes y habían ganado sus títulos por su habilidad o su inteligencia, y no solo en virtud de su nacimiento. Pero, al granjearse la enemistad de los parientes de la reina, tal vez hubiera destruido todas sus oportunidades.

Y lo peor de todo era que, si se hubiera molestado en averiguar quién era aquella beldad rubia, se habría mantenido alejado de ella y de sus hermanos.

—Los franceses no han protestado por las acusaciones de los Delasaine, por supuesto, debido a su